



Combate de Iquique. Oleo de Somerscales

## HOMENAJE A LAS GLORIAS DE LA ARMADA CON MOTIVO DEL CENTENARIO DEL COMBATE NAVAL DE IQUIQUE

Por  
Gustavo BUSSENIUS



**D**IAS ATRAS, el 21 de mayo, Chile entero, de norte a sur y de cordillera a mar, desde las ardientes arenas del desierto, desde los amables y verdes viñedos centrales, desde los umbríos y profun-

dos bosques del sur, donde un día Arauco Indómito reinara, desde los desgarrados fiordos australes, hasta la gélida y desolada Antártida, guardiana celosa de la Thule del sur; desde los enhiestos y arrogantes Andes hasta el bruñido Pacífico inmenso, todo un Pueblo, toda una Nación, toda una Raza, ¡Chile entero! , se vol-

co jubiloso por calles, parques, paseos para celebrar el Centenario de la Guerra del Pacífico y para rendir un homenaje a las Glorias Navales de Chile.

Iquique, ciudad afortunada, tuvo el privilegio de presenciar el homenaje más hermoso y memorable que nuestras Fuerzas Armadas, y, tras ellas, todo un Pueblo, rindieran jamás a la Sagrada Memoria de la Gesta del Mar y a la de los Hombres que con su ejemplo de devoción por la patria, nos dejaran eterno legado de decisión, corrección y coraje.

Rotary Club no podía permanecer ajeno a tanto regocijo. No podía marginarse del general alborozo ni dejar de brindar el tributo de admiración que la Armada y sus glorias merecen. Por ello es que estamos aquí: para testimoniar esta noche, en la persona de los distinguidos señores jefes y oficiales que nos acompañan, el respeto, cariño y admiración profundos que por sus hechos y gestas sentimos.

El 21 de mayo de 1979 se fue. Terminaron los homenajes. Retiradas las altas autoridades que con su presencia solemnizaron los actos, idos ya los buques y sus tripulaciones, apagados los fuegos, silenciados los clarines y recogida las gentes, sobrevino la calma...

Días atrás, buscando estar solo, en un luminoso atardecer de mayo, me allegué tranquilo al monumento al Marinero, hacia el norte de Iquique. ¡Deseaba, necesitaba estar solo! Solo conmigo mismo, con mis pensamientos y con mis recuerdos; con el mar, con la brisa y con la noche que se avecinaba... El sol se aferraba aún a la oscura barda que circundaba el oriente y sus últimos rayos encendían de rojo y de fuego el acantilado severo... V yo, allá en el tope del atrevido peñón que lo alberga, sentado a su lado, junto al mástil ahora sin bandera, fumaba, meditaba y soñaba... Anhelaba incorporarme y formar parte del Todo, sentir en mi pelo y mis sienes la caricia del viento y no escuchar otro ruido que el graznar de gaviotas y el murmullo del mar...

Estuve así, mudo y silencioso durante largo rato, mirando y fumando, hasta que brilló en lo alto la Luz de la Estrella. Va no había brisa, aleteos ni gritos de pájaro: sólo el Mar continuaba con la Tierra su pugna tenaz. Me ensimismé, me absorbí, me recogí en mi mismo: ¡Ya era Cosmos, ya era Todo, ya estaba Integradado! Nada veía, ni la tenue brasa de mi ciga-

rrillo ni la opaca luz de la urbe distante. Solos estábamos estrellas, noche sombría, el mar, el Marinero y yo... ¡Y lancé al vuelo mi imaginación y mi fantasía! ¡Mis pensamientos huyeron esfumándose en la bruma del tiempo! ... Pensé en Chile, en mi patria, en mi pueblo, en mi raza, en mi gente, en su origen e historia; en su conquista, en los españoles y en los araucanos. Pensé en su libertad y en aquéllos que la hicieron posible: en O'Higgins, Carrera, Zenteno, Prieto, Bulnes, Portales, Prat, Condell, Baquedano y en tantos otros que la conquistaran esgrimiendo la pluma o el sable... Pensé en nuestra Armada y en las épicas hazañas que le dieron origen... Y así, de pronto, por un instante que tal vez fuera un siglo, ante mis asombrados ojos, cual fantásticas, incorpóreas y titilantes formas de verde fosforescencia salpicadas de espuma, creí ver pasar a lo lejos al "Aguila", a la "Lautaro", la "Esmeralda", la "Covadonga"; imaginé ver a Cochrane, a Blanco Encalada, a Condell y a Prat en su salto inmortal; soñé ver a Uribe, a Thomson, Serrano y Aldea, y a tantos otros que un día cruzaran victoriosos el mar que miraba...

¡De pronto el sortilegio se esfumó! ¿Fue el ronco y sordo estampido de una ola al golpear a la arena? ¿Alguien que llegó? ¿Acaso una luz? No lo sé. Rota la fascinación del encuentro, el mar retornó a la ciega lobreguez de la noche y ya nada más vi...

Vuelto a la realidad, continué pensando. Recordé mi niñez, mi infancia y mi viejo barrio santiaguino donde me criara. Evoqué nítidas sus antiguas y queridas calles: Ejército, Blanco Encalada, Toesca, Gay, Almirante Latorre, República, Carrera y el Parque Cousiño... ¡Y así, sin quererlo siquiera, recordé a mi viejo "Cayuayo", ¡El viejo "Cayuayo"! ... Era éste un marino, anciano, muy anciano marino. Ochenta y más años quizás tendría por entonces. Nunca supe su nombre. Nadie, creo yo, lo sabía. Todos le conocíamos por aquel extraño apodo de "Cayuayo" que él mismo y todo el mundo le daba.

Este "Cayuayo" esperaba tranquilo que lo llamara la muerte. Vivía solo en un quieto cité de la calle Toesca. No tenía esposa, hijos ni parientes que se le conocieran. Pese a su soledad, era alegre, bondadoso y querendón con los niños. Nos contaba historias de mares lejanos, de islas, de puertos y tierras exóticas. Cuando lo encontrábamos al lado de afuera de su casa,

“tomando el solcito”, según el mismo decía, no perdíamos oportunidad de que nos relatara aventuras y cuentos del mar. Por él supe por primera vez de Tokio, Honolulu, San Francisco y Sidney. Entre sus historias favoritas, recuerdo, estaba aquélla en que nos contaba haber participado en la Guerra del Pacífico, a las órdenes del almirante Riveros, si no me equivoco. Según él, había desembarcado en Ilo, Moliendo y el Callao. Conocía a Lynch y a Baquedano. Tal vez se burlara o tal vez era cierto. Difícil saberlo hoy que ya no es.

Enfrascado en estas reminiscencias me hallaba, cuando de pronto me dio por mirar a la estatua. Esta, muda y silenciosa, nada había dicho en todo ese rato. Apagué mi cigarro, me levanté y la miré. ¿Habría sido así el “Cayuayo” en su juventud, me pregunté? ¿El anónimo marinero que con fe ciega en sus jefes y mandos, hacha en mano, asaltara buques por todas las costas, de Corral al Callao? ¿Habría sido éste el que con Blanco y con Cochrane ofrendara su vida por la libertad del Perú? ¿El mismo que llevara a Bulnes y a sus Inmortales hasta las márgenes mismas del río Santa? ¿El mismo que expulsara de Chile al último hispano, siguiendo a Beauchef? ¿El que a la voz de “Al abordaje, muchachos”, violara el acero del “Huáscar” con Prat, Serrano y Aldea?

¡Y en esos instantes, tal vez fuera idea, me pareció que una imperceptible, jovial y juvenil sonrisa, iluminó por momentos su recio, noble y sereno semblante... y luego, una lágrima (rocío seguro) recorrió su mejilla! ...

¡Sí, sin duda, ese era “Cayuayo”! El humilde y corajudo marinero que con su virilidad y entereza ayudó a escribir las páginas de tan brillante historia. ¡Y en ese instante, siguiendo un impulso, decidí bautizado! ¡Darle el nombre que para mí jamás tuvo! ...

Imaginé que había nacido en el sur, en algún lugar cerca de Lautaro. Hijo de indio y criolla. De un padre que no le dio su nombre y que abandonó a la madre antes de parir. Fue ella, hija de inquilino, quien le dio los suyos: “Pantoja-Pantoja” ¿Y su nombre de pila? ¿Qué otro podría ser, pensé, que Hermógenes, Betsario, Crispín, Ceferino, Segundo del Carmen ocualquiera otro igualmente antiguo? Elegí al azar el que más me gustó: “Ceferino del Carmen”. Lo bauticé, entonces, como “Ceferino del Carmen Pantoja Pantoja”, hijo natural...

A los doce años, seguí imaginando, aburrido de los malos tratos y de las palizas que le daba él conviviente de su madre cuando llegaba borracho, juntó sus escasas pilchas, hizo un lío con ellas y se mandó cambiar para siempre... ¡Se marchó en busca de la aventura que lo aguardaba más allá del horizonte! Fue de todo: jornalero, cargador, vendedor de frutas, zapatero y cocinero y a veces ratero. Hizo de todo, hasta que un día, siendo muy joven aún, sus atónitos ojos contemplaron el mar. Se enamoró de él y con él se quedó. Conoció la Marina y en ella también se quedó. Como una madre, ésta le dio de todo, instrucción, disciplina y el hogar que no tuvo: su capitán fue su padre, su casa su buque y sus camaradas, los hermanos que Dios no le dio. La Armada le entregó, además, la belleza insondable del mar infinito, la ballena, el delfín y el atún y el maravilloso éxtasis del “Canto del Agua” ... ¡Lo hizo feliz, lo hizo hombre, lo convirtió en chileno! ...

¡Ese Marinero Desconocido de quien nadie se acuerda, ese “Cayuayo”, ese Ceferino del Carmen Pantoja Pantoja, es el que ha dado el substrato generoso de músculo, bravura y pujanza que, magníficamente moldeado por la Armada, sus escuelas, jefes y oficiales, ha contribuido a crear la grandeza de lo que es hoy nuestra Armada!

Es el mismo que otrora en la guerra presto siempre junto a sus mandos estaba para disparar el certero cañón que batía y rendía al enemigo; es el mismo que agarrado de vergas, jarcias, palos y cofas, vaciaba alegre su fusil sobre el rival hasta ponerlo al rojo vivo; el mismo que con el torso descubierto y sudoroso, entre risas, garabatos y chistes, paleaba carbón para acelerar la marcha en pos de la presa, nunca para huir... Es también el mismo que ahora en la paz, con el traste bien parado baila un tango apretado con una guatona en la “Casa de Piedra”, allá en Punta Arenas; o que en Talcahuano se pelea a tajos por el amor de una bella, donde “Tía Yola”; o que en “Pancho” en una sola noche se toma tres poncheras donde “El Gordito de la Noche”; y más tarde, en Iquique, a la cuadra de Prieto, las emprende a combos con unos “paisas” que lo miran feo...

¡Esa es nuestra Armada! ¡Hombres todos, de arriba abajo! ¡Esa la Marina y esa su gente, jefes, oficiales y tropa: unidos y guiados por un solo y mismo ideal: ¡Servir a la Patria!

Defienden nuestra soberanía en la guerra y en la paz con igual abnegación y entereza, simplemente cumpliendo el deber: ora en las calurosas y quietas aguas del norte; ora en las tumultuosas y sombrías del austro. Un día reparan un faro y al otro acuden en ayuda y rescate de la población aislada en los canales del sur. Son los que, entre las aterradoras simas de las negras y abismantes olas del mar tempestuoso, con el rostro cortado por la aguja filosa del hielo, con los miembros ateridos y las manos empaladas de frío, semicegados por la ventisca y la nieve, como el "Cóndor Macho", de blanca gargantilla y azulado y lustroso plumaje, airosos y

altivos recorren las lindes de Chile, siempre alertas, siempre vigilantes, para recordar a quienquiera que llegue sin ser invitado, que hasta ahí nomás va; porque acá, donde ellos están, está Chile, su mar, su tierra y sus montes con sus riachuelos y campos feraces; se encuentran sus hijos, familias, madres, novias y amantes, compadres y amigos... ¡Eso tan sólo! ...

¡Armada de Chile! ¡Inteligencia, preparación, nervio y corazón! ¡Músculo y sudor, sangre y heroísmo! ¡Todos uno solo! ¡Un Mar, una Institución, una Bandera, una Patria, una Raza, un Pueblo, un CHILE tan sólo! ... Iquique, junio, 79.

